

España Evangélica

Año XIII.-Núm. 534.

Madrid, 24 de Marzo de 1932.

Precio: 15 cént.



(Fresco de Fiandrin.)

DOMINGO DE RAMOS

Alce el pueblo las palmas triunfadoras,
y de Dios la ciudad favorecida,
al Rey de gloria, de fervor henchida,
abra alegre sus puertas pecadoras.

No acompañan legiones vencedoras
al fuerte de Jacob en su venida,
que al Cristo manso, que al mortal da vida,
no agradaron las armas destructoras.

Ruja la multitud; y, enardecida,
alce hosannas y cantos de victoria
la turba impía, incomprensiva y vana.

Que en furores y en iras encendida,
al que hoy da alegre en sus hosannas gloria,
en la cruz muerte cruel dará mañana.

J. CHICHARRO DE LEÓN



EL MANDATO DIVINO

«Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.» — SAN JUAN, XIII, 15.



O hay cristiano que ignore el acto tan conmovedor del divino Maestro, descendiendo a lavar los pies a sus discípulos antes de comer con ellos la última Pascua; no hay creyente que desconozca la actitud, de protesta primero y de sumisión después, del Apóstol Pedro al ver a sus pies al Maestro divino; no hay lector de la Biblia que desconozca las sublimes palabras con que éste le contestó. Por eso hacemos al lector la gracia de no repetir la escena que tan magistralmente describe el discípulo amado en su Evangelio; para fijarnos tan sólo en el mandato de Cristo, que es lo primero que se presenta ante nosotros al recordar las augustas escenas de su Pasión y muerte. «Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.»

¿Qué quiso Cristo decirnos con estas palabras? ¿Que debemos hacer materialmente lo que Él hizo, o sólo quiso enseñarnos que imitemos el espíritu de su acción?

La Iglesia romana da un significado literal a las palabras de Cristo. El Papa, los obispos, los monarcas de pueblos romanistas y otras altas dignidades, en el día de Jueves Santo lavan los pies a cierto número de pobres, que son previamente escogidos para ello. El absurdo, por no decir otra cosa, salta a la vista. No armoniza con el tono general de las enseñanzas de Cristo el conceder tanta importancia a la materialidad del acto. «El ejercicio corporal para poco es provechoso», dice San Pablo. La ejecución de actos corporales en religión, no hay duda que es lo que más impresiona a la gente; pero es lo más indigno a la vista de Dios. En cambio, lo difícil, pero precisamente lo que se requiere, es el servicio del corazón. ¿De qué sirven todos aquellos actos que se revisten de pompa extraordinaria si el amor y la humildad no anidan en los corazones de los que los realizan?

La verdadera interpretación de las palabras de Cristo es meramente espiritual. Él quería enseñar a sus discípulos que debían estar siempre dispuestos a servirse mutuamente, aun en las cosas más bajas y pequeñas. Si sentían verdadero amor y mostraban mutua condescendencia, no encontrarían nada bajo ni humilde. Si Cristo, el Rey de reyes, dejó la gloria que tenía con el Padre y vino a morar en este mundo pecador, ¿qué podremos encontrar demasiado bajo para que lo realicemos?

El orgullo porque tengamos bienes, porque disfrutemos de comodidades, porque poseamos una inteligencia nada común, está condenado en este acto de Cristo. El que huye de hacer bien a un prójimo porque es de más baja condición que él, o no conoce las palabras de Cristo, o no cumple su mandato.

La humildad y el amor son las dos cosas que Cristo nos enseña con su mandato. ¡Y cuán necesarias son ambas cosas en nuestros días! Nosotros mismos, cuán necesitados estamos de ellas. Sólo tenemos de humildad un ligero barniz, pero si se araña un poquito, pronto aparece el orgullo. Nos molestamos por cosas que bien miradas no tienen la menor importancia. Nos dejamos llevar de nuestro mal humor, porque otros no hacen las cosas como nosotros quisiéramos. Tratamos a los in-

feriores como no nos gustaría vernos tratados nosotros. Hacemos un beneficio a son de trompeta, con lo cual, en lugar de proporcionar un bien, hacemos una ofensa. Halagamos a una persona por delante, y por detrás le sacamos tiras del pellejo. ¡Qué triste es todo esto! ¡Cuán lejos está ello del mandato de Cristo!

Y la lección de Cristo no puede estar más clara. Si Él, el Hijo unigénito de Dios y Dios como su Padre, no tuvo a menos realizar ante sus discípulos el oficio de un criado, no debemos considerar nada demasiado bajo para ser realizado por nosotros. Nada ofende tanto a Dios y nada perjudica tanto al alma, como el orgullo. Nada es tan recomendado por Cristo y nada nos recomendará tanto a nosotros, como la humildad. «Vestíos de toda humildad.» «Haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús; el cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios; sin embargo, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.»

El amor es la segunda parte de la lección práctica que Cristo nos da. Él desea que amemos tanto a nuestro prójimo, que no deleitemos en hacer cuanto podamos en pro de su felicidad. Debemos regocijarnos en mostrar bondad aun en las cosas más pequeñas; debemos hallar placer en aminorar el dolor y aumentar la alegría, aunque tengamos que hacerlo a costa de algún sacrificio de nuestra parte; debemos amar a todos y hasta al punto, que si en un momento crítico de su vida podemos hacer algo por ellos, no debemos titubear en hacerlo. Éste es el espíritu del Maestro y éste es el principio sobre el cual inspiró su conducta aquí en la tierra. Pocos habrá en este mundo que sigan estos pasos, pero estos pocos son hombres según el corazón de Dios.

Es ésta una lección muy sencilla, pero de tal importancia que nunca será bastante encarecida. Nos hallamos en tiempos en que todavía existen los odios que las guerras despiertan. Atravesamos días en que las pasiones entre unos y otros se hallan enconadas. ¿Por qué? Porque falta la humildad, porque falta el amor. Virtudes éstas que los hombres comprenderían fácilmente si no se dejaran llevar de perniciosas influencias. Las gracias son, en las que no hay nada de misterioso. Están al alcance de todos los hombres. El rico como el pobre, el sabio como el ignorante, hallarán en su vida ocasiones mil para practicar el amor y demostrar la humildad, haciendo con ello bien al mundo y asegurándose el divino llamamiento.

Si no seguimos el mandato de Cristo, bien pudieran ser para nosotros aquellas palabras: «Limpios estáis, aunque no todos.» Tengamos cuidado con nosotros mismos, no sea que sin quererlo incurramos en una falsa profesión. Podemos creer que estamos lavados y, sin embargo, no estarlo. Si los mismos discípulos de Cristo no lo estaban todos, tenemos motivo para velar porque el que nos llamemos cristianos no siempre es señal de que nos hallemos lavados y purificados de toda maldad.

«Ejemplo os he dado, para como yo os he hecho, vosotros también hagáis.» «Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis.»

FERNANDO CABRERA.

«HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ»

(SAN LUCAS, XXII, 19.)

J

ESUCRISTO había evangelizado a las gentes, había doctrinado a sus discípulos, había preparado a los apóstoles. Pronto sería entregado, escarnecido, crucificado. Y aunque debía resucitar, no siempre los suyos podrían contemplarle corporalmente; tenía que ascender a los Cielos, a la diestra del Padre, una vez realizada la gran obra de la redención de los pecadores. Necesitaba, pues, que los creyentes le recordaran continuamente para el bien material y

espiritual de ellos mismos. ¿Le recordarían siempre, conforme al deseo de Jesús? Sería difícil. Las preocupaciones, los descarríos, la indiferencia, la poca fe, la negligencia espiritual y los cuidados de este siglo, impedirían tener la comunión con el Señor que el creyente necesita.

Además de las muchas mercedes y bendiciones que Jesucristo nos concede, nos otorga el privilegio de dos ordenanzas: el Bautismo y la Comunión, ambas instituidas por el mismo Cristo, las cuales han de ser obedecidas por cada creyente. La primera, es la que nos abre las puertas de la Iglesia para unirnos en la comunión de los hermanos; la segunda, es la que Cristo nos legó para tener comunión con El, al mismo tiempo que anunciamos su muerte hasta que venga.

Al instituir la Santa Cena ordena el Salvador que se cumpla este mandato en su memoria. «Haced esto en memoria de mí», dice el mismo Señor. ¿Qué debemos recordar de El al participar de tan santa como solemne Cena? Necesitamos verle espiritualmente en su cualidad de Maestro, seguirle paso a paso y recordar su fructífero magisterio.

Aprendamos de El como discípulos aventajados y hallaremos placer en el trabajo cristiano. Practiquemos sus enseñanzas y cuales celosos apóstoles nos gozaremos en la labor evangélica. Hay en nosotros el sentir que hubo en Cristo Jesús. Manifestemos claramente lo que El nos ha enseñado acerca del amor, del servicio y, si es preciso, del sacrificio también. Vayamos en pos de los pecadores para conducirlos a Cristo y extendamos el Evangelio eterno, con objeto de que su mensaje sea conocido, pues que es nuestra misión. Demos a conocer el amor de Jesús a nuestro prójimo, porque es un privilegio realizar semejante obra. Acordémonos de Cristo, como Maestro, en la Comunión para después imitarle.

Asimismo necesitamos meditar en Jesucristo en el acto de la Santa Cena en su condición de Señor nuestro, para que nos demos perfecta cuenta de que no nos pertenecemos a nosotros mismos sino que somos de El, habiendo sido comprados por precio, el cual fué la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Sin regatearle un momento ni perder oportunidad en la gloriosa labor que nos encarga, seamos siervos sumisos a su voluntad, obedeciéndole en cada instante y guardándole la fidelidad que merece este santo servicio. Atendamos con solicitud sus órdenes, complaciéndole en todo y no defraudándole en nada de lo que tan sólo a El pertenece y que todos nuestros hechos sean para agradarle, llevados a cabo con humildad, con alegría, con temor, y creciendo en buenas obras.

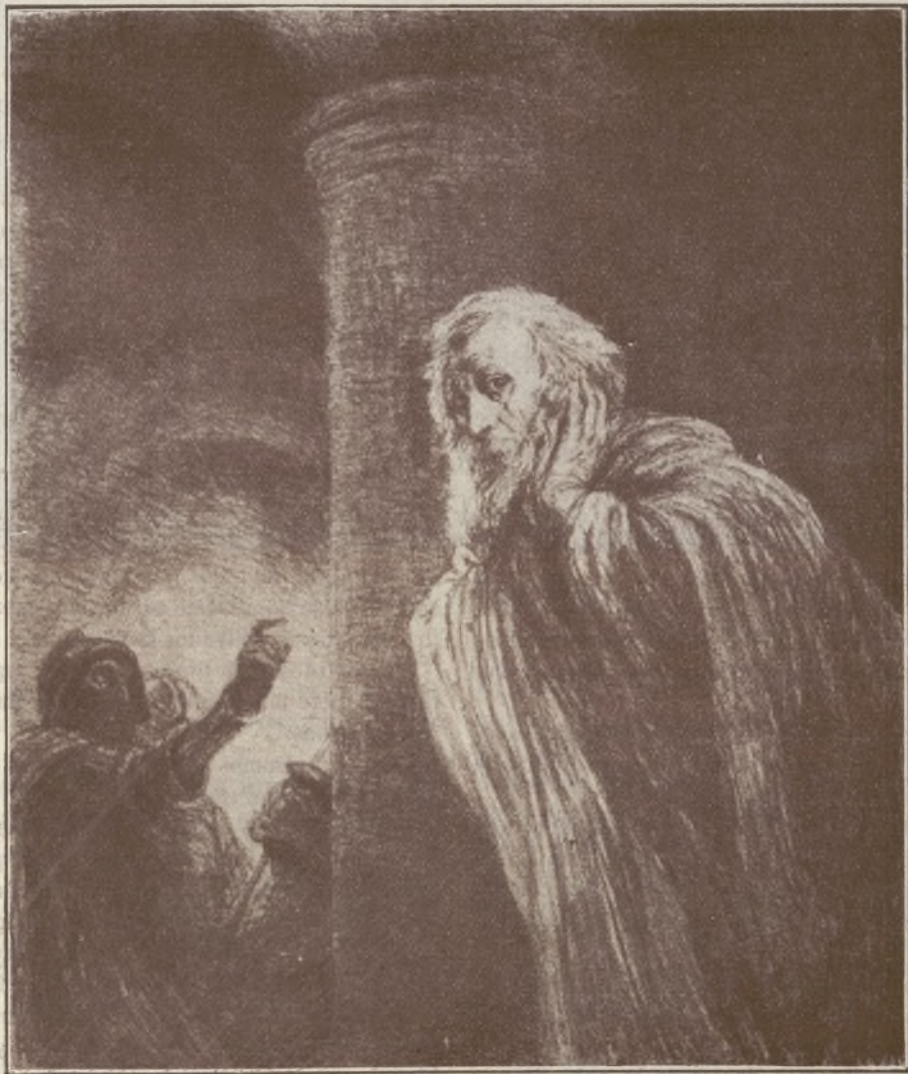
Y también hemos de sentir la necesidad de no olvidarle en la Comunión, en su carácter de Salvador. Pero para ello será preciso que tengamos presente nuestra antigua condición, cuando andábamos apartados de Dios, viviendo sin Cristo y sin esperanza, y que nos demos perfecta cuenta del final que esperaba a nuestra vida. Al comprender nuestra antigua condenación, trocada hoy por Jesucristo, nuestro Señor, en salvación eterna; de nuestra antigua herencia, que era el infierno, a nuestro estado de ahora de coherederos con Cristo de la gloria celestial; de nuestra cautividad satánica a nuestra presente libertad cristiana, forzosamente se precisa que recordemos a Jesús, no ya solamente como Maestro o como Señor, sino como potente y eterno Salvador que nos

ha librado de nuestro pecado para concedernos, ahora ya, la salvación eterna y el privilegio de vivir como cristianos en este mundo que tanto necesita la luz del Evangelio.

En memoria de El participemos de la Santa Cena, en su memoria practiquemos sus enseñanzas, sirvámosle enteramente como siervos que no tienen de qué avergonzarse, amémosle como a nuestro verdadero y único Salvador, para que en todo cuanto realicemos, pensemos o digamos se vea claramente la manifestación de la vida de Cristo en nosotros y de nuestro amor hacia El.

Que en todo respondamos al deseo del Señor: «Haced esto en memoria de mí».

ZACARÍAS CARLES JUST.



EL ARREPENTIMIENTO DE PEDRO

«Y se acordó Pedro de las palabras de Jesús, que le dijo: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente». — San Mateo, XXVI, 75.

LAS LÁGRIMAS DE JESÚS



NADA hay que me subyugue de mi Cristo, como el verle así: llorando, atemorizado. Borrarme de las páginas del Evangelio las letras que queráis; arrancadme las páginas que queráis; decidme, si queréis, que sus milagros fueron quimeras, pero dejadme que yo lo vea cuando el evangelista me lo describe frente al sepulcro de Lázaro con estas palabras: *Lloró Jesús*.

Dejadme que lo vea montado sobre un asno, aclamado por las multitudes y a la vista de Jerusalén: *Lloró sobre ella*.

Dejadme que lo vea bajo los pálidos reflejos de la luna nueva de Nisán, callado y triste como un derrotado, atravesando los olivares del huerto de Getsemaní, y puesto de rodillas: *Comenzó a atemorizarse y angustiarse y fueron sus lágrimas como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra*.

¡Dulce Jesús del alma mía! No quiero saber de ti nada más que esto: verte así, tan débil, tan frágil y doloroso en tu carne, como nosotros, y al ver que después de veinte siglos la imagen querida tuya está viva en la retina de la Humanidad de hoy; al notar que en los oídos de todos aún está el sonido de tus lágrimas al caer sobre la tierra; al sentir que aún hoy día no hay otra cosa en el corazón del hombre que tan plenamente lo llene y conforte como el recuerdo adorado Tuyo, no necesito más para tener que decirte: «Eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». ¿Quién, si no, se acordaría ya de Ti? No has dado oro, ni has repartido tierras y tu recuerdo está entre nosotros. ¿Cabe mayor milagro?

¿Quién se acuerda ya y se conmueve de la sonrisa de Napoleón después de sus mil victorias, o de sus lágrimas junto a la fuente favorita en su destierro de Santa Elena?

Pues la Humanidad entera se acuerda y se estremece hoy ante el recuerdo de tu llanto, dulce Jesús mío. De tu llanto, que no es ciertamente el mejor signo del vencimiento, pero con tus lágrimas nos has hecho felices y con tus lágrimas y penas venciste, ¡bendito seas!

Lloraste ante la tumba de Lázaro. ¡Qué sublime y bello me resultas así! ¡Cómo te pareces a nosotros! Así, así quería yo ver a mi Dios, cerca, muy cerca de mí.

No más allá de las nubes, sino dentro de la nube de mis ojos; no más allá de ese espacio infinito que se llama cielo, sino dentro y muy adentro de este pequeño espacio que tenemos todos y que se llama corazón. Así quería yo ver a mi Dios, cerca de mí, dentro de mí, llorando como lloro yo, angustiado como me angustio yo. Junto al sepulcro de Lázaro «Lloró Jesús».

Lo más triste y desesperado para el hombre, es mirar el mármol o la tierra bajo la cual duermen, sin que los podamos despertar, aquellos seres a quienes hemos amado.

Esa fría piedra permanece entera, mientras nuestro pobre y amante corazón se desbarata dentro de nuestro pecho, rompiéndose desesperante en mil pedazos ante la fría e implacable realidad.

El ser querido está allí dentro, podrido, roto y somos impotentes para nada. Hierve nuestro corazón en miles ansias; vuela

nuestra imaginación y voluntad en mil deseos, pero tenemos que cruzarnos de brazos y ver cómo se estrella y se rompe todo ante la dura piedra que cubre ahora a los que amamos. ¡Cabe mayor dolor!

Tan doloroso y tan triste es esto que enterneció a Cristo, como dice el evangelista «Lloró Jesús».

¡Alma piadosa y buena que el mundo te juzga débil y enfermiza, porque sabes sentir la poesía de amores místicos y sublimes! Cuando alguien se burle de la delicadeza de tu alma, con téstale con las palabras del evangelista «Lloró Jesús».

Es un error el pensar que los grandes hombres de voluntad de hierro no tienen que tener estos enternecimientos. ¡Qué error tan inmenso! Por lo mismo que son grandes, tienen que tener más grande y exquisita sensibilidad, que es la perla más preciosa y fina que adorna el alma del hombre. Por eso Jesús lloró.

Él se asocia a todos nuestros actos y siente nuestras cosas. ¡Qué consuelo para nuestras almas y para nuestro corazón que tantas veces tiene que llorar en la vida!

Esto es muy humano, pero lloremos como Él, sin gritos, sin desesperación, pero con delicadeza, con la dignidad y con la unción que Jesús lloró. Llanto que supo consolar el corazón de los familiares doloridos, las hermanas de Lázaro, y llanto que supo hacerse admirar de sus mismos enemigos que allí estaban los hipócritas y malvados fariseos.

Nuestro Jesús ha llorado ante un espectáculo triste que le cercaba, pero también lloró, cuando estaba rodeado de aplausos y alegrías.

Nos encontramos en los últimos días de la vida de Cristo, al final de su misión en la tierra.

Con el corazón cargado de penas y desengaños abandonados los contornos de Cafarnaüm, por Él tan queridos y con una valentía y serenidad jamás imitada por héroe alguno en la historia, con decisión, con prisa, asombrando a todos los suyos, se encaminó a Jerusalem, foco de la conspiración que había de arrebatarse la vida, para celebrar allí la Pascua.

El pueblo se dio cuenta que venía sobre un asno aquel Hombre que decía cosas tan bellas y justas, y les había hecho tanto bien. Locos de alegría salen con palmas a recibirle y vitorearle.

Pero Él, grave y solemne como los pensamientos de su corazón, no dejó asomar en su rostro la manifestación de una sonrisa. No se hizo ilusiones.

Él sabía muy bien cuán frágil y volubles son los hombres, cómo la intriga y el dinero se valen de la ignorancia y de la necesidad de las personas para comprarlas y que echen un manto a lo que ayer aclamaron.

A la vista ya de la gran ciudad de Jerusalem, Jesús sintió el sacudimiento de la sangre de sus venas, y sintiéndose más judío más humano, al divisar la ciudad *Lloró sobre ella*.

La contemplación de aquella ciudad tan querida, que tan alto le hablaba de su divina misión, de su Eterno Padre, y de las grandezas y días de gloria de su patria, arrancó de sus ojos el amoroso tributo de unas lágrimas. *Lloró sobre ella* y dijo:



JESÚS ANTE EL SANEDRÍN

(Cuadro de Menéndez Pidal.)

No dejarán sobre ti piedra sobre piedra por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación... ¡todo está encubierto a tus ojos!...

Alma piadosa que estas líneas lees, aquí tienes a Jesús llorando otra vez; olvida su triunfo, y llora por sus enemigos. Cuán bello y sublime es un Dios así, por eso reina y reinará siempre en el corazón de todos. No conocemos el tiempo que Jesús visita nuestra alma, nuestras familias, nuestra patria. Si así es, no quedará en nosotros piedra sobre piedra, no tendremos paz, seremos infelices. No olvidemos estas lágrimas y esta sentencia: los que no quieran aceptar de Jesús su misericordia, sufrirán su justicia.

Tristes de nosotros si dirigiéndose a nuestro corazón, con ese deseo y hambre con el que Él se dirigió a la higuera, no podamos darle el fruto de una buena obra.

Contadas tenía ya Jesús las horas de su vida. La noche última que estuvo con todos los suyos cenando, salió acompañado de ellos y atravesaron silenciosos el torrente Cedrón, llegaron al huerto de Getsemani y, apartándose de sus discípulos, se reclinó bajo algún olivo y su espíritu entró en oración.

Terribles pensamientos cruzaron por su mente, el mundo entero desfiló ante Él causándole tal impresión que no sólo su alma se encontró anonadada, sino que su cuerpo sufrió también trastornos físicos terribles.

Sus ojos se nublaron, sus poros se dilataron, y ya no eran lágrimas y el sudor corriente, sino sangre, la que destiló su piel. Un susto, una desgracia imprevista, trascendentes noticias

inesperadas, producen en cualquiera de nosotros alteración en el pulso, violentas palpitaciones en el corazón, palidez, sudores de muerte.

Seamos consecuentes, y sabiendo que Jesús era hombre como nosotros, pero con un corazón más delicado y sensible que el nuestro, con una inteligencia más exquisita que la nuestra, nos explicaremos cuán posible pudieron ser sus lágrimas y sudor de sangre provocado por la presión de terribles presentimientos, tanto más ineludibles y ciertos, por cuanto tenía dentro de sí su visión profética que le actuaba en este caso de verdugo, no perdonándole detalle que fuera para su mayor tormento.

Exaltada su exquisita naturaleza física, la sangre alborotándose en el corazón, rompiendo el cauce de las arterias y venas desbordadas, gota a gota, caía de sus ojos y de sus poros y manchó tierra.

Terrible angustia y llanto, pero cierto; hasta la ciencia hoy día está conforme con este fenómeno. Dice la ciencia médica que se han dado varios casos. Recuerdo haber leído en una revista científica, que aproximadamente por el año 1860 ó 63, ocurrió un caso parecido en la ciudad de Lareze.

Sí, alma mía, lloró y sudó sangre Jesús, para regar tu corazón, para fertilizar a la Humanidad entera. Gritemos con amor, lo que con odio gritaron sus enemigos: Que su sangre y que sus lágrimas caigan sobre nosotros y empapen nuestro duro corazón.

SALVADOR ÍÑIGUEZ.

LA SED DE CRISTO

«Sed tengo.» — JUAN, XIX, 28.



AY pruebas indubitables de que Jesús murió conforme a las Sagradas Escrituras, y hasta en los más pequeños detalles de su vida, maravillas, sufrimientos y muerte, no hizo más que cumplir lo que los santos varones, inspirados videntes de Dios, habían profetizado.

Las palabras proféticas cumplidas en este clamor, se encuentran en los Salmos XXII, 15 y LXIX, 21.

Cuando Jesús fué librado de la carga de sufrimiento moral y espiritual, bajo el cual estuvo durante aquellas tres horas de intensas tinieblas, que le arrancaron el grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», tuvo nuevamente conciencia de su condición física, y la primera sensación que experimentó fué una sed ardiente, rabiosa, que sólo los que han sufrido de esta necesidad física bajo un sol oriental, pueden comprender. Cuando una emoción violenta ase las facultades del alma y las absorbe, las sensaciones físicas no dominan en ellas; el hombre no las siente, o las olvida; mas apenas cesa esa emoción predominante, la sensación física despierta con mayor intensidad. En el tumulto aturdido de la batalla, el soldado puede recibir el golpe de muerte y no experimentar ningún dolor; poco más tarde, tendido sobre la camilla, se opera la reacción física; entonces es cuando el cuerpo sufre y se lamenta. Bajo cierto aspecto, eso ocurrió con Jesús. Sus labios estaban abrasados por la sed al exclamar: «¡Dios mío, Dios mío!», pero Él no sentía la sed; tenía otros muchos dolores. Ahora, cuando el alma está sosegada, la naturaleza, imperiosa, vuelve a recobrar sus derechos y la primera cosa que demanda a sus verdugos es calmar esta devoradora sed. Él, que había creado las fuentes y los ríos... Profundo, misterioso amor. ¡Señor, todo lo sufriste por mí!

Pero en esa sed debemos ver algo más que la necesidad física; debemos admirar la ansiedad de Jesús, la sed, por decirlo

asi, de apurar hasta el fin la copa del dolor para redimir al hombre del poder del pecado y del infierno. Sed de salvar al hombre, sed de dar cima victoriosa a su obra redentora mediante la cual abriría el cielo a la Humanidad caída. Notemos que Jesús mostró varias veces en su vida esta ansiedad, la cual le impulsó a cumplir cuanto antes la misión que el Padre le había encomendado.

Durante el primer periodo de su ministerio, no habló de su muerte sino con gran reserva. De tiempo en tiempo solamente se le escapaban algunas alusiones, que parecían extrañas e incomprensibles a sus discípulos. Hay un bautismo, les dijo cierta vez, del cual me es necesario ser bautizado, y ¡cuánto me apresuro hasta que sea cumplido! Cuando su ministerio tocaba a su fin, la reserva no estaba justificada y Jesús habló abiertamente de su muerte cercana, y lo hizo en términos que siempre mostraban claramente cuánto preocupaba a su espíritu esta solemne perspectiva. Tal era la influencia de este pensamiento en Él, que en su último viaje a Jerusalem, sobrecogido repentinamente por la escena profética de lo que le esperaba, se adelantó a los discípulos impacientes por llegar a su objeto. Los discípulos se maravillaron y se espantaron siguiéndole. Jesús, entonces, los tomó aparte y les explicó esta conducta extraña en apariencia, y les reveló los pensamientos que le habían agitado (Mar., X, 32-34).

He ahí explicada la sed moral, que en medio del acerbo dolor de la Cruz invadió a Jesús en ansia de perdón y salvación de todo el género humano. Triste, tristísimo que el hombre no sienta la sed que sintió la samaritana, para que, recibiendo de Jesús, tomase de Él agua de vida gratuitamente.

Oremos y laboremos por despertar en el hombre esta sed moral y espiritual que tan bellamente expresa el salmista: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por Ti, ¡oh, Dios!, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, el Dios vivo».

MANUEL BOROBIA.

“MIRAD A MÍ, Y SERÉIS SALVOS”



ESUCRISTO ha sido para la Humanidad el *divino Modelo* de lo que todos debemos ser; el *divino Maestro* de lo que debemos creer y obrar, y el *Sacerdote*, a la vez que la *Victima* expiatoria de nuestros pecados.

Como *Modelo*, nunca debiéramos apartar de él nuestros ojos, como el pintor del modelo que tiene delante, y el discípulo de la muestra que le ha puesto su profesor. Bueno es que estudiemos e imitemos a un San Pablo, a San Pedro, a la bienaventurada Madre del Salvador; pero el gran Modelo de ellos y nuestro, debe ser Cristo. Cuando hablamos, u obramos, o pensamos, o vamos a algún sitio, debemos siempre preguntarnos: ¿hablaría así Cristo, obraría o pensaría así?

Como *Maestro*, ni lo ha habido, ni lo hay, ni lo puede haber en el mundo, más docto, más íntegro, más cariñoso y más amable. A Judas, en el momento en que consumaba su traición le

dice: *Amigo*, palabra que debió partirle el alma; se la partió, para la desesperación, no para el arrepentimiento. Jesús no tuvo de ello culpa.

A Pedro dirigió una mirada, que le hizo romper en convulsivo llanto y abandonar aquel sitio.

A las hijas de Jerusalem les exhorta a llorar sobre sí mismas y sobre sus hijos.

Al buen ladrón le promete estar aquella misma tarde en el Paraíso.

A su madre la confía a los cuidados de Juan, y a éste a los de su madre.

Al mundo entero anuncia desde el trono de su cruz la redención consumada.

Y a su Eterno Padre le pide, en la hora solemne de su agonía, que perdone a los que tanto le hacían sufrir.

Muy bien dijo un filósofo: «La vida y muerte de Sócrates fueron de un sabio; pero la vida y muerte de Jesús fueron de un Dios.»

Como *Sacerdote*, y a la vez *Victima* de la expiación de nuestros pecados, ¡cuánto tuvo que sufrir, en su cuerpo y en su espíritu!

Si miramos a los dolores físicos, sus manos y sus pies estaban atravesados por los clavos, sus espaldas destrozadas con los azotes, su rostro herido de bofetadas y escupido, su cabeza coronada de espinas, y su lengua atormentada por horrible sed. Desde la coronilla de la cabeza hasta los pies, no hay en él parte sana, sino heridas, hinchazón y llagas.

¿Y en su alma? ¿Dónde están los que el Domingo le recibieron con palmas y hosannas? ¿Dónde están los enfermos que sanó, los muertos que resucitó, los hambrientos a quienes dió de comer? ¿Dónde están sus doce elegidos, que han comido por tres años su pan y han partido su vivienda? Uno le ha vendido, otro le ha negado por tres veces, los otros ocho han huido; sólo Juan está con él. No hay otra mirada en los cielos ni en la tierra que le lleve un consuelo. Dios mismo le ha desamparado, el ángel está delante de él con la copa de Getsemaní; el mismo

sol ha escondido su faz, y la luna se presenta con color de sangre. ¡Qué sufrimientos en el cuerpo de Jesús! ¡Qué desolación en su alma!

Miremos, pues, todos, no sólo en estos días, sino siempre, a Jesucristo, y en él hallaremos la salvación.

¿Todos querrán ver su alma limpia de sus pecados? Sepan, pues, todos, que «la Sangre sola de Jesucristo nos limpia de todo pecado». ¿Todos querrán tener paz con Dios? Sepan, pues, todos, que sólo pueden tenerla «por medio del Señor nuestro Jesucristo». ¿Todos querrán ir al cielo? Sepan, pues, todos, que «Jesús sólo es el camino y la puerta». Y a todos los que pregunten, como el carcelero de Filipos: «¿qué he de hacer para ser salvo?» les responde San Pablo: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa». Porque, como dice San Pedro: «No hay otro nombre en que los hombres puedan ser salvos, más que en el nombre santísimo de Jesús».

C. TORNOS

EN LA CRUZ

(FRAGMENTO)

Cargado con la cruz, que representa la maldad por los hombres combatida; oyendo insultos, recibiendo afrenta, de la turba en su daño enfurecida; exánime, la faz amarillenta, de corona cruel la sien ceñida, llega al Calvario, donde vil suplicio, es su altar preparado al sacrificio.

La soldadesca, que el pudor ignora, le quita sus vestidos a porfía, y le expone en vergüenza abrumadora ante la turba que su muerte ansía; sus pies y manos en la cruz perfora con clavos, que el martillo introducía, a cuyos golpes se estremece el cielo, y el sol se viste de profundo duelo.

1. Jamás se vió en el mundo tal dulzura: la Víctima inocente del Calvario nos muestra del perdón la frente pura, pidiendo a Dios perdón al adversario. Su inmenso amor, su singular ternura abren de la clemencia el santuario, para que el hombre, si sus culpas siente, perdón recibe de su Dios clemente.

2. Jesús, con manos en la cruz clavadas, abre las puertas del Edén hermoso al malhechor, que fija sus miradas en Él, y le confiesa Rey glorioso. Le promete, sus culpas perdonadas, con Él llevarle al eternal reposo, porque pide le tenga en la memoria, cuando subiese al trono de su gloria.

3. Allí se muestra la filial ternura, cual nunca se mostrara en este suelo: a su madre sumida en amargura, comunica Jesús dulce consuelo. El Hijo, en que ella cifra su ventura, le da otro hijo, por calmar su duelo; y Juan por madre recibió a María, cual ésta nuevo hijo en Juan veía.

4. Mas, ¿quién de Cristo la aflicción declara, cuando su voz doliente al cielo eleva, porque el Padre en la cruz le desampara, y la angustia del Huerto se renueva? Los delitos que el hombre consumara el Cordero de Dios en sí los lleva, y el Padre mira en Él, no al Hijo amado, sino al que toma sobre sí el pecado.

5. Tú sufres sed, abriéndonos la fuente del agua viva de sin par dulzura; como desnudo cubres al creyente con traje de purísima blancura; tu desamparo, de la cruz pendiente, la protección de Dios nos asegura, y por tus llagas de virtud divina tuvieron nuestros males medicina.

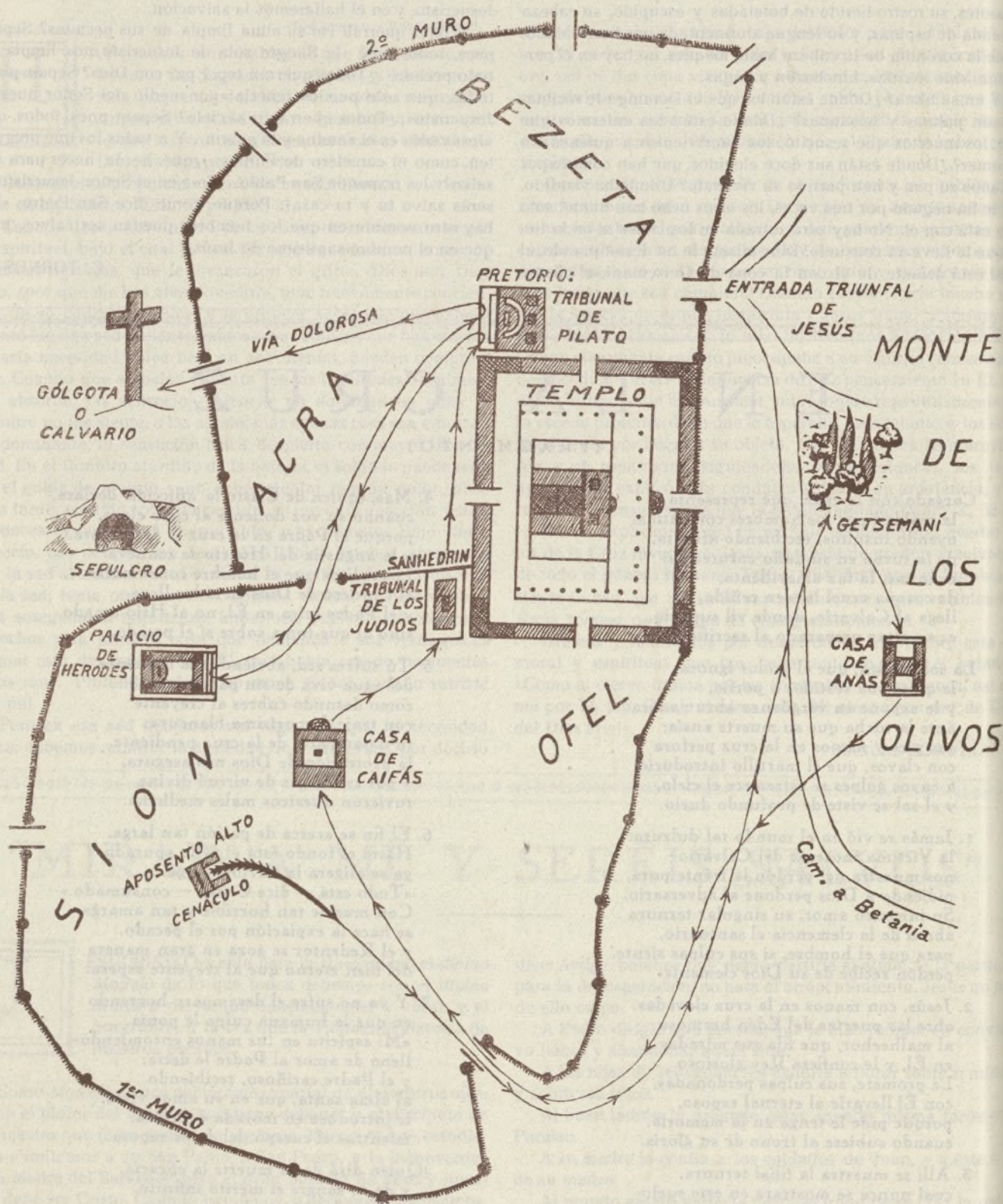
6. El fin se acerca de pasión tan larga. Hasta el fondo está el cáliz apurado; ya se aligera la terrible carga... «Todo está — dice Cristo — consumado.» Con muerte tan horrible y tan amarga se hace la expiación por el pecado, y el Redentor se goza en gran manera del bien eterno que al creyente espera.

7. Y ya no sufre el desamparo horrendo en que la humana culpa le ponía. «Mi espíritu en tus manos encomiendo», lleno de amor al Padre le decía; y el Padre cariñoso, recibiendo al alma santa, que en su amor vivía, le introduce en morada deliciosa, mientras el cuerpo del dolor reposa.

¿Quién dirá de tu muerte la eficacia y de tu sangre el mérito infinito, si fluye de tu cruz la rica gracia que da tu gloria al pecador contrito? Nuestra sed de perdón en Ti se sacia; el sumo bien nos das, Jesús bendito, y el alma, por tu sangre redimida ve en tu muerte la causa de la vida.

CARLOS ARAUJO.

Área de Jerusalem en tiempo del Señor Jesucristo.



Pasos de la Pasión y Muerte del Salvador.

Diseño de A. Felip.

Sígase la línea de flechas a partir del Cenáculo.

Orden de los acontecimientos de la Pasión, Muerte, Resurrección y Apariciones de Nuestro Señor Jesucristo. ⁽¹⁾

JUEVES (al anochecer; principio del viernes).	El Señor come la Pascua con sus discípulos en el aposento alto.	Marc., 14, 12-21.
	Lava los pies a sus discípulos.	Juan, 13, 4-17.
	Judas sale del cenáculo para entregarle	Juan, 13, 21-30.
	El Señor instituye la Santa Cena	Marc., 14, 22-26.
	Últimas instrucciones del Señor.	Juan, 14.
	Sale con sus discípulos a orar en Getsemaní.	Mat., 26, 36-46.
	Judas entrega a su Maestro.	Mat., 26, 47-50.
	Jesús es presentado atado a Anás.	Juan, 18, 12-13.
	Es llevado atado a Caifás	Juan, 18, 24.
	Pedro niega a su Maestro.	Luc., 22, 54-62.
VIERNES (por la mañana temprano).	Cristo es presentado al Sanedrín	Luc., 22, 66-71.
	Es llevado atado a Pilato.	Marc., 15, 1.
	Conducido al rey Herodes	Luc., 23, 7-10.
	Jesús es escarnecido y vuelto a Pilato.	Luc., 23, 11.
	Es azotado, coronado de espinas y mofado cruelmente.	Juan, 19, 1-3.
	Pilato lo presenta otra vez al pueblo y lo entrega	Juan, 19, 4-6, 16.
	Crucifixión. (Entre las horas tercia y sexta, o sea entre nueve y doce de la mañana)	Mat., 27, 31-44.
	Las siete palabras del Señor en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». «De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso». «Mujer he ahí tu hijo... he ahí tu madre». «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» «Sed tengo». «Consumado es». «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».	Léanse en los cuatro Evangelios.
	VIERNES (tarde). Muerte. (Hora nona, o sea las tres de la tarde)	Mat., 27, 45-50.
Tres días (o fechas) sepultado. ⁽²⁾	Sepultura	Mat., 27, 57-60.
	SÁBADO. Fiesta. El cuerpo del Señor sigue sepultado. Pilato manda sellar el sepulcro	Mat., 27, 62-66.
	Primer día de la semana. (Domingo, madrugada.) RESURRECCIÓN	Luc., 24, 1-10.

Once apariciones del Señor resucitado, durante los cuarenta días antes de la Ascensión.

Aparece a María Magdalena	Marc., 16, 9.
» las mujeres	Mat., 28, 9.
» Simón Pedro.	Luc., 24, 34.
» dos discípulos, camino a Emaús	Luc., 24, 13-15.
» diez discípulos en el aposento.	Juan, 20, 19-25.
» once discípulos en el aposento (Tomás incluido)	Juan, 20, 26-29.
» siete discípulos junto al mar de Tiberias.	Juan, 21, 1-2.
» once discípulos en un monte de Galilea	Mat., 28, 16-17.
» más de quinientos hermanos juntos.	1.ª Cor., 15, 6.
» Jacobo	1.ª Cor., 15, 7.
» once discípulos en Betania (Monte de los Olivos)	Luc., 24, 50.
» » LA ASCENSIÓN	Hech., 1, 1-12.

(1) Éste es, ante los hechos, el orden más probable de los acontecimientos, no obstante debemos guardarnos de ser demasiado dogmáticos.

(2) Ante la cronología que los hechos establecen acerca de la estancia del cuerpo del Señor en el sepulcro, el texto de Mateo, 12, 40, es causa de conflicto para algunos. Son varias las interpretaciones que se dan de este pasaje. Hay mucho en las Sagradas Escrituras que queda por entender debidamente, pero lo cierto es que todo aquello que ahora no se comprende bien, el Señor lo hará comprender perfectamente en «aquel día» venidero.

ARMENGOL FELIP.

Jueves, Viernes, Sábado Santo y Domingo de Pascua en las Iglesias Evangélicas de Madrid y Barcelona

MADRID

Iglesia del Redentor.
Beneficencia.

JUEVES SANTO

Siete de la tarde, culto de Comunión, predicará el Rdo. Fernando Cabrera.

VIERNES SANTO

Once de la mañana, Oficio del día, predicará D. Adolfo Araujo.

Siete de la tarde, Oficio de Pasión, predicará el Rdo. Cabrera. — *Miserere*.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Once de la mañana y seis de la tarde, Oficios de Pascua y sermones de Resurrección.

Iglesia de Jesús.
Calatrava.

JUEVES SANTO

Ocho de la noche, sermón: *Ejemplo os he dado*.

VIERNES SANTO

Once de la mañana, sermón: *La una sola ofrenda*.

Ocho de la noche, sermón: *Las Siete Palabras*.

SÁBADO SANTO

Ocho de la noche: Preparación para la Santa Cena: *Me levantaré e iré a mi Padre*.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Once de la mañana, culto de Comunión. Sermón: *Andemos en novedad de vida*.

También se celebrarán cultos en las Iglesias y Capillas de Noviciado, 3; Trafalgar, 34; General Lacy, 12; Tortosa, 3; Duque de Sexto, 6, y López de Hoyos, 100, cuyos detalles no hemos recibido.

BARCELONA

Iglesia Evangélica Metodista.
Lluçà.

Meditaciones sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Martes, por D. Samuel Torres y D. Juan Guinot.

Miércoles, por D. Benjamín Heras (con proyecciones).

Jueves, por D. Esteban Roca y D. Benjamín Heras.

Estos actos empezarán a las ocho y media de la noche.

Internacional, 26.

Meditaciones sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Martes, por D. José Capó (con proyecciones).

Miércoles, por D. Esteban Roca y don Samuel Saunders.

Jueves, por D. Alfredo Capó y D. José Capó.

Estos actos empezarán a las ocho y media de la noche.

Ripoll, 22.

Meditaciones sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Martes, por D. Samuel Roca y D. Benjamín Heras.

Miércoles, por D. Walter Birchall y don José Capó.

Jueves, por D. Juan Guinot y D. Samuel Saunders.

Estos actos empezarán a las ocho y media de la noche.

VIERNES SANTO

Solemne culto a las diez y media de la mañana: *Cristo en la Cruz*, por D. José Capó y D. Samuel Saunders.

Iglesia de San Pablo.
Aragón, 51.

JUEVES SANTO

Ocho de la noche, sermón por el Rev. Agustín Arenales.

VIERNES SANTO

Once de la mañana, sermón por D. Benjamín Heras.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Once de la mañana, culto de Comunión, sermón por el Rdo. Agustín Arenales.

También se celebrarán cultos en las Iglesias y Capillas de Blasco de Garay, 6 y 8; Ferlandina, 47; Riera de San Miguel, 54, y Teruel, 22, cuyos datos no se nos han enviado.

ESPAÑA EVANGÉLICA

SEMANARIO PROTESTANTE

Precios de suscripción.

España y Portugal: Un año	8 pesetas.
Seis meses	4 »
Extranjero: Un año	15 »
» Seis meses	8 »
América: Un año	1,50 dólar oro.
» Seis meses	0,75 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:	
España Por ejemplar al año	6 pesetas.
Extranjero » » » » »	12 »
América » » » » »	1 dólar oro.
Paquetes de 51 ejemplares en adelante:	
España Por ejemplar al año	5 pesetas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590

ESTUDIOS BÍBLICOS Y RELIGIOSOS

Pesetas.

Concordancia greco-española del Nuevo Testamento, compilada por Hugo M. Petter. — Una completa enumeración de todos los casos en que se usa cada vocablo griego del Nuevo Testamento, con indicación de las diferentes formas en que se traduce en la versión de Cipriano de Valera. 595 páginas a dos columnas.

En tela 30,75
Lomo y conteras morocco 40,75

Los libros de la Biblia, Antiguo Testamento, por J. Angus y S. G. Green. — Quiénes fueron los autores de los libros del Antiguo Testamento, en qué ambiente vivieron, qué valor tuvo su mensaje para su tiempo y para todos los tiempos. 296 páginas.

En rústica 5,—
En tela 7,—

Los libros de la Biblia, Nuevo Testamento, por los mismos autores. — Igualmente instructivo, ameno y útil para los predicadores. 232 páginas.

En rústica 5,—
En tela 7,—

Comentario del Nuevo Testamento, por Luis Bonnet y Alfredo Schroeder. — Traducido del francés. Un comentario moderno, en el cual se han aprovechado todos los adelantos de la crítica, con un espíritu abierto y reverente. Se han publicado los dos tomos siguientes:

I. Evangelios sinópticos. En tela. 12,—
II. Epístolas de San Pablo. 12,—

Discursos evangélicos, por J.-C. Varetto. — Diez discursos sobre temas fundamentales de la fe cristiana, expuestos con el interés, la amenidad, la claridad y el fervor, que caracterizan al conocido evangelista argentino. 162 páginas 2,25

¿Puede un joven confiar en su Biblia?, por Arturo Gook. — Una defensa vigorosa de la inspiración de las Sagradas Escrituras en respuesta a las negaciones de la incredulidad. 64 páginas 1,—

El profeta Amós, por Helen Grace Murray. — Aunque anglosajona, la autora ha trabajado mucho entre hispanoamericanos y sabe escribir para su público. El libro abunda en citas de buenos escritores españoles. Trae al profeta Amós a las cuestiones que hoy agitan el mundo. 128 páginas 3,50

«... Mas yo os digo», por Juan A. Mackay. — Un estudio sobre las enseñanzas de Jesús que puede satisfacer a los más exigentes intelectuales, sin dejar de ser provechoso para lectores de mediana cultura. Profundo, vibrante y práctico. 244 páginas 5,—

Pesetas.

Estudios sobre el Antiguo Testamento. — Manual para los estudiantes cristianos, por J. R. Sampey. — «La revelación de la gracia y de la redención, principio en la historia primitiva de la Humanidad, continuó por medio de los patriarcas y de los profetas y fué completada en Cristo Jesús y los apóstoles.» Con esta visión de la unidad de la Biblia, el autor va recorriendo todo el Antiguo Testamento, haciendo destacar sus grandes enseñanzas y predicciones. 226 páginas 2,75

Pláticas sencillas sobre la Doctrina en orden al Espíritu Santo, por el Dr. C. J. Scofield. — Pláticas de reputado maestro, cuyas lecciones bíblicas han ayudado a muchos creyentes. 32 páginas, en 4.º 0,50

Con Cristo en la Escuela de la Oración, por Andrew Murray. — El autor fué calificado de «Príncipe de los escritores devocionales». Sus obras son de un gran poder edificador y estimulante. Este libro, como los dos anunciados a continuación, está formado por treinta y una meditaciones, una para cada día del mes, sobre los privilegios, cualidades y frutos de la oración. 216 páginas, en 4.º. En tela 7,—

Permaneced en Cristo, por el mismo autor. — Meditaciones sobre la bendita vida de comunión con el Hijo de Dios. 162 páginas. En tela 6,—

Semejante a Cristo, por el mismo autor. — Pensamientos sobre la bendita vida de conformidad con el Hijo de Dios. 192 páginas. En rústica 4,—

Sombra y substancia. ¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?, por Sir Arthur Blackwood. — Un estudio sobre la Pascua israelita y su significación evangélica. 87 páginas 1,25

Auxilios para predicadores. — Quinientos temas bíblicos para predicadores, maestros y obreros cristianos, compilados por S. A. Williams. — Semillas de sermones, esquemas de estudios bíblicos, útiles también para la meditación privada. 176 páginas. En tela 6,—

Separación de la Iglesia y el Estado, por J. C. Varetto. — Tema de actualidad, tratado de un modo interesante y ameno. 53 páginas. 1,—

He aquí que viene, o simple abecedario de la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo, por E. G. Marsh. El autor desarrolla su asunto en forma práctica y lenguaje sencillo, procurando, como dice en el prefacio, inflamar en los hijos de Dios el amor al Señor Jesucristo. 78 páginas 1,50

Pedidos a SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS

Calle de la Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID



Librería Nacional y Extranjera, calle del Caballero de Gracia, 60, Madrid (central).

	Pesetas.
Estudios Bíblicos.	
Autenticidad de los cuatro Evangelios	0,30
La creación y la evolución, por E. Doumergue	0,60
Creo en el perdón de los pecados. Y la regeneración o el nuevo nacimiento	0,35
Creo en la remisión de los pecados, traducido del inglés, por M. A. L.	0,25
Los cuatro principales Apóstoles, por F. Godet.	0,75
Estudios críticos y aclaratorios sobre la Santa Escritura, fundados en la versión moderna, por H. B. Pratt. Tomo I, <i>El Génesis</i>	6,—
El Evangelio, según San Mateo, declarado por Juan de Valdés	10,—
De la existencia y del carácter de Dios	0,60
La explicación de la doctrina de la imputación, según la Escritura	0,20
La Familia Sagrada, bellísima y auténtica descripción de la bendita familia de Jesús	0,50
El gran dilema: Cristo se da testimonio a sí mismo o se acusa a sí mismo, por Enrique B. Ottley	1,—
Introducción al estudio de la Biblia, por el doctor W. Boyd Carpenter, traducido por M. Carrasco.	2,80
Jesucristo y su Obra, por F. Godet.	1,—
María, la madre de Jesús, por Carlos von Hase	0,50
El Padrenuestro: Como fórmula de Religión y Moral, por Pedro Sala y Villaret	0,50
El Primer Capítulo del Génesis, capítulos sueltos.	0,10

Obras de Edificación.

La cautividad babilónica, de la Iglesia, por Lutero.	1,50
Confesión de Fe de la Iglesia Evangélica Española.	0,25
Conversaciones populares sobre El Libro de los Libros.	0,50
La Cruz de Cristo.	0,40
Discursos de Naville sobre Cristo. Folletos sueltos.	0,10
Epístola Consolatoria, por Juan Pérez	0,75
El Escrito en la Pared, por Th. Godfrey Jack	4,—
El Libro Vivo. Discurso de C. H. Spurgeon	0,25
Un libro maravilloso	0,20
¿Por qué creo en la Biblia?, por P. S. V.	0,40
La Religión y Las Ciencias Naturales, por F. Bettex.	4,—
Tratado para confirmar en la fe cristiana a los cautivos de Berbería, compuesto por Cipriano de Valera y por él publicado el año 1594.	2,—

Tratados de Controversia.

La abolición del Latín, por Pedro Sala y Villaret	0,30
Carta abierta dirigida al Sr. Dr. D. José Vereá Bejerano, Pbro., por Miguel Barroso	0,20
Carta de la Duquesa de Broglie a Augusto von Schlegel (hija de Madame Stael)	0,20
El Cristianismo de Cristo y el Cristianismo del Papa, por J. Frohschammer	0,50

	Pesetas.
¿Cuál es la Biblia Verdadera? ¿La Romana o la Protestante?	0,25
Las enseñanzas de Roma y la Palabra de Dios, editado en Bayona, 1868	0,50
El espiritismo a la luz del Evangelio	0,50
Fe e incredulidad.	0,25
Manual de controversia (Índice de textos fundamentales)	0,10
Manual de controversia o refutación del credo del Papa Pío IV	1,—
La Mariolatría, por Pablo Besson	0,20
El Poder detrás del Papa o Nuestra Señora de Lourdes y los cuatro Evangelios	0,50
El Primado de San Pedro y el Papa, por Frohschammer	0,50
El protestantismo en España. ¿Qué son los protestantes?, por D. Manrique Alonso y Lallave	0,50
El protestantismo vindicado, por D. Manuel Mayorga	0,75
Racionalismo.	0,10
¿Sabéis lo que es un verdadero cristiano?, por L. F. Galland	0,40
¿Sabéis lo que es un verdadero protestante?.	0,40

Publicaciones de gran actualidad.

La Biblia en España, clásico libro de viajes, aventuras y prisiones de Jorge Borrow, traducido del inglés por el actual jefe del Gobierno de la República española, D. Manuel Azaña, 3 tomos, tela, con un total de más de mil páginas.	12,—
La oración del incrédulo. Ensayos sobre el problema religioso, por Luis de Zulueta, actual ministro de Estado	3,50
Diálogo de Doctrina Cristiana, por Juan de Valdés, escrito en Alcalá de Henares en 1529 y publicado nuevamente con motivo del cuarto centenario.	3,50
Breve de Clemente XIV, por el cual Su Santidad suprime, deroga y extingue la orden de los Jesuitas, y Real Cédula de Carlos III, mandando poner en práctica dicho Breve en España	0,50
Historia del Cristianismo, por W. J. Mc. Glothlin, traducido por D. Salvador Ramirez, pastor evangélico en Jaca	7,—
Héroes Españoles de la Fe. Cuadros de la Reforma en España, por E. Christ. Un tomo de 370 páginas.	
En rústica	2,—
Encuadernado	3,50
Un Campeón y Mártir de la Libertad, en España. Compendio de la vida y muerte de Manuel Matamoras	0,50
El Desenvolvimiento Religioso de España	0,50
El Porvenir de los Pueblos Católicos	0,50
La Cuestión Religiosa en Bélgica	0,50
Reseña histórica de la Inquisición en España, por la señorita R. Navarro Yébenes (<i>Rosa de té</i>).	0,60

